

# EPÍLOGO

## Ciencias sociales del trabajo en la periferia

*Pablo López Calle, Antonio Ramírez Melgarejo y  
María José Díaz Santiago*

■ Doi: 10.54871/ct26ps27

### **¿Es capital la periferia?** **Centralidades periféricas del trabajo**

Cuando los coordinadores de este libro nos propusieron escribir el epílogo de este proyecto editorial titulado *Las periferias del trabajo*, un texto tan amplio, ambicioso y necesario, nos invadió la paralizante responsabilidad de estar a la altura en nuestra condición de sociólogos, además de españoles/as, marcados, por una parte, por la triste herencia de nuestro pasado colonizador, y por otra, al estar ubicados/as en ese espacio geográfico tan ambiguo que implica ser el sur del norte y estar en el norte del sur. No obstante, y a modo de justificación, nos dimos cuenta de que ocupamos, sin embargo, una

posición científica, por indefinida y desplazada, tanto a nivel lingüístico, como productivo, y por tanto económico, que quizás nos permita, como vamos a intentar poner en valor en este texto, identificar algunas aportaciones de este proyecto editorial a los marcos interpretativos críticos actuales sobre las transformaciones del capitalismo global y las relaciones centro-periferia que se están haciendo en nuestro contexto.

En primer lugar, la apuesta de este libro, raro en su especie, es precisamente la de mostrar diferentes realidades del capitalismo no sólo en las periferias, sino también en las periferias del centro. Trata de poner en el centro la periferia, en definitiva, no sólo como objeto de análisis sino como tesis interpretativa central de las transformaciones actuales del capitalismo global. Una aportación que, por otra parte, y a nuestro parecer, cabalga a hombros de la herencia de los estudios ya clásicos en teoría crítica de las ciencias sociales, englobados bajo la llamada Teoría de la Dependencia nacida en los años 60 y 70 en América Latina, y que hoy sirve de contrapunto a las corrientes hegemónicas actuales de las ciencias sociales, incluso críticas, que se están elaborando desde los principales centros de producción científica centroeuropeos y americanos.

Básicamente aquellas teorías elaboradas en el seno de la CEPAL, como es sabido, frente a los modelos desarrollistas promocionados desde organismos como el FMI, mantenían que el relativo empobrecimiento de las periferias respecto del centro en el proceso de industrialización occidental durante todo siglo XX no se debía a una suerte de atraso, o falta de innovación tecnológica y democratización política de los países llamados “en vías de desarrollo”, sino que ambos fenómenos estaban relacionados, y que el desarrollo del subdesarrollo de las periferias se explicaba, en esencia, a partir de un intercambio desigual norte sur que canalizaba transferencias de valor del sur al norte a través del intercambio de mercancías. Es decir, que dicho crecimiento desigual no se debía a una suerte de capitalismo defectuoso, mal implantado, corrompido, y que lo que se requería,

según esa explicación, era extender el modelo de capitalismo social alcanzado con el Estado de bienestar al extrarradio del sistema.

La virtud de estas teorías de la dependencia, de ascendencia marxista, radicaba también en el intento de no presentar el desarrollo desigual norte sur como un juego de ganadores y perdedores entre ciudadanos de diferentes estados o continentes, sino en señalar las relaciones transversales de explotación entre clases que apuntaban con más o menos fuerza a crear movimientos de tipo anticapitalista de ámbito internacional.

Hoy, importantes voces críticas del capitalismo radicadas en centros de investigación americanos y europeos parecen, en cierto modo, seguir compartiendo aquella perspectiva desarrollista criticada por los teóricos de la dependencia. Nos referimos a todo un conjunto de análisis y propuestas que, especialmente tras las últimas grandes crisis económicas, ambientales y sanitarias del capitalismo a nivel global, han identificado estos fenómenos más bien como síntomas de un determinado tipo de capitalismo: extractivista, depredador, neoliberal... que, por esa misma adjetivación, se opondría a otro tipo de capitalismo no extractivista, sostenible, justo o social, por el que habría que luchar y que habría que extender a todos los lugares del mundo.

Las voces más pesimistas dentro del universo crítico del capitalismo, que podemos englobar bajo la tesis general del llamado colapsismo, vendrían a decir más bien que “otro capitalismo es imposible” y que lo único que hay que esperar de él es su disolución, dejando la *aceleración* de sus contradicciones como la única vía de acción posible para la militancia.

Pero lo cierto es que la teoría marxista del capital es ambigua a este respecto. El propio término de *estructura en proceso* que Marx utiliza para dar cuenta de la dialéctica interna del capital contiene algo así como dos temporalidades o dos dinámicas diferentes. Por una parte, una de las grandes aportaciones de la teoría marxista es dar cuenta de un sistema de producción que se reproduce así mismo (valor que se autovaloriza), es decir, que, gracias a la producción

de capital -plusvalor- produce las mercancías que producen valor, y más valor del que ellas contienen. Por otra parte, en la medida en que es una estructura -o un sistema social- particular en la historia, tiene que tener un principio (usa mercancías no producidas mediante relaciones de producción capitalistas) y un final (la necesidad de autovalorización implica que constantemente se incorporan mercancías no producidas mediante relaciones de producción capitalistas y que se hacen cada vez más escasas). Estas ambigüedades se pueden trasladar, básicamente la misma estructura, luego a las propias teorías del origen (¿la acumulación originaria es original o es permanente?) y a las de las crisis (¿las crisis cíclicas y recurrentes forman parte de la propia dinámica del capitalismo o son parte de una crisis final?).

Pero volviendo a nuestra reflexión, como habrá observado quien lee estas líneas, el concepto de periferia está cargado, casi diríamos que está en el centro (para usar ya un juego de palabras que usaremos posteriormente), de estas ambigüedades. Las periferias del capital como algo interior y exterior al proceso de producción y reproducción vendrían a ser también, al mismo tiempo, un producto del capital y productoras del mismo: la base exterior, aunque finita, sobre la que se sostiene un sistema en sí mismo insostenible.

Los coordinadores de este proyecto editorial, en su introducción, traen a la palestra una sugerente tesis de Fraser (2023) que parece surfear entre estas dificultades. La autora nos plantea que las desigualdades centro-periferia no se deben tanto al sistema estrictamente capitalista, sea del tipo que sea, sino a relaciones de dominación que tienen su origen causal fuera de las relaciones de extracción de plusvalor —o explotación— a que da lugar la relación salarial, pero que participan de la producción de plusvalor y sin las cuáles relaciones de apropiación el sistema capitalista no se sostiene. De manera que la *sociedad capitalista* se organiza no sólo mediante la dominación de clase —lo que ella señala como el sistema capitalista de producción—, sino también mediante la “dominación de género” y la “opresión racial imperial”, y que por tanto, “el capital se expande apropiándose del tiempo de trabajo excedente de los asalariados

explotados”, pero “también expropiando la riqueza no capitalizada o subcapitalizada de los trabajadores dedicados al cuidado, las poblaciones racializadas y la naturaleza”. En otras palabras, “se expande no por sí mismo sino canibalizándolos” (p. 29). De modo que, para Fraser, el análisis marxista del capital, principal referente crítico de las ciencias sociales occidentales del trabajo, no es suficiente para dar cuenta del funcionamiento, y la virtual superación, del capitalismo.

El postulado fuerte de esta teoría, que justifica especificar la parte caníbal de la sociedad capitalista en la que se desarrolla el capital, es que, mientras este último opera autovalorizándose (produce valor y más valor del que él mismo contiene) necesita extraer recursos que se obtienen fuera del mercado (que no han sido intercambiados por el tiempo de trabajo que ha costado fabricarlos, vale decir) sino a través de relaciones de dominación, que por tanto son no mercantiles.

Pero, como decíamos, algunos reconocidos autores y autoras marxistas<sup>1</sup> han señalado que la lectura que Fraser hace de *El Capital* no se corresponde realmente con la *crítica de la economía política* que elabora Marx en su principal libro, y que, por tanto, se podría decir que las “relaciones de expropiación” que Fraser encuentra en las “moradas todavía más ocultas” del capitalismo —más allá, por tanto, de la morada oculta de la producción y las relaciones de “explotación”— realmente están contenidas en la categoría marxista de trabajo productivo (esto es, tiempo de trabajo —cualquier tiempo de trabajo— que produce plusvalor).<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Entre ellas la marxista feminista Thiti Bhattacharya en textos como *Social Reproduction Theory: Remapping Class, Recentering Oppression*, 2017, Pluto Press ya criticaba antes de aparecer la obra de Fraser la separación que ésta había hecho en otros escritos entre la esfera productiva y la reproductiva, como si ésta no estuviera contenida del el proceso de producción del capital. O el propio Harvey ha mostrado también su desacuerdo con las tesis de Fraser como si la reproducción social, la extracción de recursos naturales y la existencia de un lumpenproletariado fueran externas a la producción de valor y por tanto de plusvalor (Harvey, 2014).

<sup>2</sup> “La tradición marxista suele definir el capital como valor que se autoexpande. sin embargo esta formulación es engañosa. En la realidad, el capital se expande apropiándose del tiempo de trabajo excedente de los asalariados explotados y también

Para Fraser los asalariados serían un colectivo de explotables, “doblemente libres” [como señala Marx, libres de opresión y despojados de los medios de producción], que reciben el salario equivalente al trabajo socialmente necesario para su reproducción, pero luego, habría otro colectivo subordinado, no libre, dependiente, despojado de la protección política, sujeto a relaciones de expropiación por otro tipo de dispositivos.

Se puede decir, por tanto, que para Marx el hecho de no existir una relación asalariada no implica la ausencia de una relación de explotación capitalista, que puede producirse igualmente en el caso de otros colectivos no salarizados que entran en una relación subordinación real articulada por el intercambio de los productos o servicios a que da lugar su tiempo de trabajo, por ejemplo el trabajo campesino, autónomo, en cooperativas o el trabajo doméstico de cuidados. Bajo esta suerte de subsunción real se produce plusvalor absoluto, a diferencia del trabajo asalariado que, mediante la venta de su capacidad de trabajo por un salario, da lugar a la extracción de plusvalor relativo.

Pues, al mismo tiempo, se puede decir que si las relaciones con estos colectivos no se basan en el intercambio libre de mercancías, estas relaciones quedan fuera del capital (como sistema y como concepto). O dicho de otra manera, un sistema económico que se apoya en este tipo de relaciones de dominación no es, por definición, capitalista. Pues decíamos más arriba que una de las grandes virtudes de la teoría marxista es precisamente explicar cómo es posible el plusvalor, el capital, cuando todo se vende y se cambia a su valor.

Ahora bien, el planteamiento de Fraser, no obstante, si bien genera algunas dudas como crítica a la economía política contenida en *El Capital*, es totalmente pertinente como crítica a la ortodoxia marxista que se ha practicado, de manera general, en las ciencias sociales del trabajo en Occidente. Pues una parte de las ciencias sociales del

expropiando la riqueza no capitalizada y subcapitalizada de los trabajadores dedicados al cuidado, las poblaciones racializadas y la naturaleza...” (Fraser, 2023, p. 29).

trabajo occidentales han explicado los modelos de producción y reproducción social capitalistas, que se han sucedido a lo largo de su desarrollo histórico, observando exclusivamente la esfera de la producción y el trabajo asalariado más o menos regulado que se localiza en el centro, y en territorio norteamericano o europeo.

Cada modelo de producción clásico en cada fase histórica del desarrollo del capitalismo (vg. maquinaria y gran industria; taylorismo; fordismo; toyotismo; capitalismo de plataforma...), se ha comprendido normalmente por su propia lógica interna de organización de la producción y de la reproducción de la fuerza de trabajo (sistemas de organización del trabajo, formación, selección de recursos humanos, formas de regulación del mercado de trabajo, división del trabajo doméstica, formas de consumo, políticas de vivienda, etc.). Sin embargo, no se ha reparado tanto en señalar que el éxito de cada uno de esos modelos se ha soportado sobre continuas transferencias de valor a través de relaciones de intercambio con formas de trabajo no asalariadas, o entre modelos productivos con diferente composición de capital.

Dicho de otra manera, cada uno de esos modelos hegemónicos ha tenido siempre una cara b sin cuya observación no tenemos una comprensión completa de su funcionamiento y transformación. Lo cual implica, y esto es lo relevante, que no debemos considerarlos como formas atípicas, residuales, periféricas..., sino como elementos también centrales de cada modelo de producción. Veamos sumariamente.

Durante la primera revolución industrial, además de la extracción no capitalista de recursos minerales desde regiones sudamericanas y africanas hacia países coloniales, fue la llamada acumulación originaria y las transferencias de valor campo-ciudad la incógnita que hubo de despejarse para explicar la formación de capital —plusvalor— usado en la inversión de la industria textil y la “liberación” de fuerza de trabajo de origen campesino empleada en las fábricas. La autoexplotación del campesinado, que trataba así de conservar su autonomía trabajando por encima de sus posibilidades de reproducción, generaba transferencias de valor hacia procesos industriales

mediante el intercambio de mercancías producidas en sistemas con una diferente composición de capital.

El taylorismo, es sabido, triunfa sobre el sistema de obrero de oficio cualificado en la industria metalmeccánica norteamericana a principios del siglo XX no tanto porque sea un sistema más productivo, sino porque se trata de un sistema de producción capaz de emplear a emigrantes transferidos desde el sur del país y el este en el caso europeo, o de migrantes en el caso norteamericano, sin cuya disponibilidad y movilización este sistema no hubiera sido más rentable que el de taller de manufactura. Toda vez también que el empresariado logra neutralizar de este modo la creciente capacidad de movilización y organización colectiva del citado obrero de oficio.

La consolidación del modelo de Estado-Nación capitalista y del sistema fordista-keynesiano, especialmente en Estados Unidos, era ya un modelo integrado de organización de la producción y la reproducción y el consumo de la fuerza de trabajo, pero se sostenía también sobre la base de un creciente intercambio desigual con América Latina en el que, una vez liberalizadas dichas relaciones de intercambio por la independización de las colonias, un 70 % por cien de las mercancías producidas entre ambos continentes eran consumidas sólo por el 30 % de la población localizada en el norte. La escuela de recursos humanos que inspira nuevos sistemas de gestión y organización del trabajo basados en la desestandarización del trabajo y el enriquecimiento de tareas, en determinados sectores productivos, de nuevo, se sustenta también en factores extrínsecos a la gestión del capital humano y la democracia industrial.

Agotado este modelo de producción y consumo de masas, a partir de los años ochenta, es sabido, el modelo japonés de la fabricación ligera y la producción justo a tiempo toma el relevo en la industria de bienes de equipo y de consumo. La apariencia de estos sistemas es que logran reducir el capital fijo al mínimo e invertir la relación de dependencia entre producción y consumo. Ahora es el consumo el que tira de la producción y se fabrica sólo lo que ya está vendido. Pero sabemos que ello es un espejismo: el *stock* (la muda en la jerga

toyotista) no se elimina, sino que desaparece de las empresas cabeza porque se traslada a otros lugares cada vez más alejados geográficamente a medida que decrece el valor añadido del componente o subconjunto fabricado. El proceso completo de producción, las cadenas globales de valor y el obrero colectivo son las categorías de análisis que explican realmente el éxito de este sistema, y visibilizan así, que la mayor competitividad del modelo se obtiene más bien a partir de la desvalorización e intensificación del trabajo en las fases productivas más alejadas e invisibles, lo que es consustancial a una creciente fragmentación y jerarquización del obrero colectivo. Pero no sólo eso, sino que es cada vez más evidente que las tasas de ganancia global del capitalismo se mantienen sobre la base de procesos depredatorios de los recursos energéticos, minerales y ambientales que, por su naturaleza esquilmodora, no son propiamente capitalistas (esto es, presentan límites a la reproducción ampliada del capital). La tensión dialógica, de hecho, en el seno de los grandes organismos internacionales, se viene estableciendo en los últimos años, cada vez con más fuerza, en torno al coste de oportunidad que supondría establecer medidas de contención del impacto sobre el trabajo, el clima y los recursos naturales del actual modelo de desarrollo económico.

En lo que respecta al trabajo, podemos identificar brevemente algunos espacios de frontera, periferias del trabajo en el centro, donde las relaciones de producción ensayan salidas a la caída de las tasas de ganancia que culminó en la gran recesión de la pasada década. Espacios, por tanto, que pueden servir de analizadores de las transformaciones actuales del capitalismo llamado de plataforma.

### **Periferias del trabajo en el centro; centralidad periférica del trabajo**

La crisis mundial de 2007 reveló de nuevo síntomas de agotamiento del *espíritu* globalizador del capital. Éste, sin dejar de intentar colo-

nizar nuevos territorios, como ocurre con la estrategia china de industrializar una parte importante del continente africano, ha ensayado otras vías de recuperación de la tasa de ganancia, tales como la extensificación del tiempo de trabajo del asalariado occidental mediante la racionalización de sus tiempos de reproducción y consumo y la profundización de la segmentación de los mercados de trabajo, fragmentando, aún más, las diferencias en las condiciones laborales entre integrados regulados y vulnerables —mujeres e inmigrantes fundamentalmente—, con inserción subalterna y dependiente.

### ***Sujeto emprendedor y sujeto delivery, la lucha por el tiempo y la plataformización del trabajo***

Por una parte, se reduce el tiempo necesario para la reposición de la energía vital gastada en el trabajo mediante diferentes terapias, y tratamientos dirigidos a acelerar la recuperación física y mental de los cuerpos (Moreno Pestaña, 2016); se desarrolla una nueva farmacología del descanso mientras que aparecen nuevas enfermedades profesionales de tipo mental, que sin embargo, se consideran dolencias comunes susceptibles de un tratamiento meramente paliativo, que dificultan, además, la inclusión de sus causas en los planes de prevención de riesgos laborales (Bailin, 2029).

Por otra parte, asistimos a una cierta intensificación y “depuración” del tiempo necesario para el consumo (el consumo mediante plataformas de bienes y servicios, la salarización de los cuidados...), y del tiempo necesario para los desplazamientos, mediante nuevas formas y modalidades de movilidad y transporte especialmente en las ciudades.

La conversión de ese tiempo reproductivo liberado, *disposable time* en la jerga marxista, en tiempo productivo se opera mediante la panoplia de dispositivos discursivos y condicionantes administrativos que presionan a una rentabilización autónoma del tiempo de no trabajo liberado: léase la promoción y reconocimiento social e institucional del emprendimiento (actitud proactiva hacia

oportunidades de creación de valor en cualquier momento y situación); la posibilidad de realizar operaciones de microinversión online (*crowdfunding*, *crowdlending*, operar en bolsa, especular con bitcoin...), que son consideradas a veces como actividades de recreo; o la presión para emplear productivamente el tiempo de ocio: realizando actividades formativas, culturales o deportivas, al situar a los trabajadores en una constante lucha por ganar cotas de una empleabilidad (Cremin, 2010).

En el ámbito del trabajo formal también se produce una difuminación de las fronteras entre trabajo y vida, tras la flexibilización de la jornada laboral y las diferentes formas de trabajar a distancia; la mercantilización de las relaciones salariales que ha dado paso a la implementación de nuevas formas de retribución, como la llamada gestión por objetivos en las que los empleados tienen “autonomía” para incrementar sus salarios individualmente extensificando o intensificando su trabajo en cualquier momento y situación o la generalización de dispositivos digitales que conectan empleados y empleadores las 24 horas del día. Incluso la reducción efectiva de la propia jornada (reducción horaria, jornada continua, medidas de conciliación, teletrabajo, etc.) podría suponer para los trabajadores la necesidad de realizar productivamente ese tiempo liberado si sus salarios reales caen en la misma medida.

En tercer lugar, como hemos visto en algunos de los textos de la parte 6 de este tratado, el giro de las políticas de gestión del desempleo hacia el encarecimiento del reconocimiento del activo desempleado (parado involuntario) son una coextensión de estas estrategias manageriales de vinculación entre la carga individual de trabajo que está dispuesto a entregar cada empleado y su nivel de renta, así como de la apertura del campo de posibilidad para salir del paro relacionada con el autoempleo y el emprendimiento. La responsabilización del desocupado tiene su origen en la imputación de cierto grado de voluntariedad en su situación de desempleo, y deriva en lo que se ha dado en llamar la contractualización de la prestación

y la ayuda social (recibir ayuda a cambio de demostrar que se está haciendo “trabajo de buscar trabajo”).

Pero, junto a estos dispositivos y prácticas de liberación y conversión de *disposable time* en *surplus labour*, encontramos también lo que podemos llamar nuevos procesos de producción de tiempo a partir de la sistematización de eso que hemos denominado *nueva razón logística y las fábricas de tiempo*. Aquellas actividades industriales, sean del ramo que sean, en las que la razón productiva ha sido desplazada, en mayor o menor medida, por lo que llamamos una nueva razón logística orientada a la producción de tiempo, en la que el trabajo de la espera es una pieza central.

Si el consumidor adquiere o gana nuevo tiempo susceptible de convertirse en *surplus* es porque otras personas necesariamente lo pierden, lo ceden o transfieren. Pero lo pierden directamente para sí, no en forma de tiempo de trabajo empleado en producir un bien, esto es, de cesión de la voluntad por un tiempo determinado, que articula la relación salarial. Sino que es tiempo en el que permanecen inmobilizadas, tiempo del que realmente no disponen ni como tiempo de trabajo ni como tiempo de no trabajo.

En todas las fases del proceso logístico encontramos un tipo de trabajo muy particular que puede explicar cómo se produce esa transferencia. Hablamos de los *estados de espera*. El trabajador *flex* que espera en las residencias o bungalows patronales a ser llamado en cualquier momento para realizar puntualmente tareas de *picker* en los almacenes logísticos de donde parten las mercancías que compra en una determinada plataforma de e-commerce; los camioneros de larga distancia apostados en aparcamientos cercanos a estos hubs logísticos a la caza portes; el *rider* del reparto capilar atento a su aplicación en cualquier cruce céntrico de las grandes ciudades, etc.

Ello ha dado lugar a una suerte de fragmentación del obrero colectivo entre, por una parte, las clases medias y cualificadas que pueden consumir el tiempo de otros y otras, para dedicar el suyo a realizar el mayor capital social, cultural y formacional acumulado, y una creciente clase de trabajadores de servicios, subalterna, cuya

función es, al fin y al cabo, ahorrar tiempo a la primera (Dörre, 2011). Clase de trabajadores subalterna que normalmente tiene también una condición migrante que es esencial al desarraigo que potencia el trabajo de la espera y la disponibilidad.

Los primeros han sido objeto de una intensa presión discursiva y material de corte neoliberal, y fabricada en las escuelas de *management*, centrada en producir un tipo de subjetividad fuerte, autodisciplinada y orientada a transformar, de manera autónoma (aunque heterónomamente dirigida), una suerte de *disposición* hacia el empleo productivo del tiempo liberado por aquella logística del consumo (Örtenblad, 2020) y presionados por el llamado “efecto Uber” (Berger, Chen et al., 2018). Los segundos, aquellos que desarrollan esas tareas logísticas, son cada vez más numerosos (Pesole, Urzì, 2018) y están sometidos más bien a un régimen de no-tiempo, de momentos de neutralización vital, por así decir, que hemos caracterizado provisionalmente como los estados de *espera*. La incertidumbre y la necesidad de ser demandados por la razón logística hace que adolezcan, por el contrario, de una subjetividad débil, tanto en términos de capacidad de negociación y movilización, como en términos de control y cuidado de sí: con muchas dificultades para construir una identidad, proyectos vitales de medio y largo plazo, trayectorias profesionales. En ellos no encontramos tanto una actitud proactiva, resiliente, ávida de aprovechar cualquier momento para activarse, sino más bien una actitud expectante, dispuesta a dejarse mover y activar heterónomamente.

Y esta nueva clase trabajadora subalterna, que comprende también a otros colectivos que trabajan en otro tipo de fábricas de tiempo similares, como las plataformas de limpieza o de cuidados, está, más bien, objetivamente enfrentada a la parte de la “clase” trabajadora para la que libera tiempo productivo en una suerte de “lucha por el tiempo” (Apostolidis, 2019), toda vez que la conquista de derechos laborales de los primeros suponen una erosión de las condiciones materiales de los segundos.

En cuanto al análisis sociológico de estos colectivos, la teoría crítica ha dado buena cuenta de esa nueva razón del mundo que proyecta el sujeto emprendedor y todas las tecnologías del yo dispuestas para conseguir su consentimiento e implicación. Pero son menos las investigaciones que se han ocupado específicamente de analizar la condición del trabajador de la espera, *alter ego*, del primero. Su invisibilidad está relacionada, al menos, con tres factores. No estamos acostumbrados a analizar los momentos de espera; la acumulación de estocajes de mercancías y recursos humanos, como positividad, sino más bien como interrupciones, *desarreglos* espaciales y temporales, de los flujos tensos de comunicaciones y mercancías, y de los mercados de trabajo altamente flexibilizados. El tiempo de la espera transcurre en espacios periféricos, privados o descodificados. Los trabajadores de la espera son trabajadores desplazados, que normalmente no aparecen en las estadísticas de destino y no son advertidos por los investigadores locales.

***Nuevas formas de subsunción formal:  
economías morales en el centro***

En trabajos como el que presenta el Colectivo Rosa Bonheur en Roubaix en este libro (en particular nos referimos al texto de José Ángel Calderon), o las investigaciones que está realizando el Colectivo Arosa Sun en los alrededores el puerto de Róterdam en Países Bajos (Arosa Sun 2020); y en otros lugares periféricos del centro (particularmente en las periferias de las grandes metrópolis europeas)<sup>3</sup> emergen, cuando ponemos la mirada en ellas, todo un conjunto de actividades productivas (productoras de plusvalor) que no aparecen en las estadísticas y que son invisibles, por tanto, para el cuantitativismo sociológico que logra un mayor impacto y reconocimiento, también cuantitativo, en las revistas especializadas.

<sup>3</sup> Véase, por ejemplo, *Ciudad Periferia*, basado en una investigación etnográfica sobre el municipio de Coslada y su transformación de ciudad industrial en ciudad logística, en la periferia metropolitana madrileña (López Calle et al., 2019).

Parece como si no hicieran nada, pero se trata de un sinnúmero de trabajos mecánicos de reparación, actividades de transporte, chapuzas, cuidados... y todo tipo de servicios e intercambios entre los colectivos de personas que viven en esos lugares que se sitúan en una zona gris de la economía formal, donde la ausencia de regulaciones legales se sustituye por normas tácitas de regulación informal que conforman una suerte de economías morales altamente efectivas. Normas de profesionalización; establecimiento de precios y salarios; principios de comportamiento ético; regulación de los mercados de trabajo; mutualización de accidentes y enfermedades, etc.

Son en muchas ocasiones *penetraciones*, o contraculturas de resistencia para decirlo como Willis, a la salarización formal o al efecto disciplinante del desempleo sobre la movilización de fuerza de trabajo hacia otros lugares, pero al mismo tiempo son *limitaciones* a la formación de movimientos políticos organizados de tipo ciudadano u obrero. Son estrategias de autoexplotación a cambio de autonomía que terminan siendo funcionales (e incluso veladamente permitidas, o moduladas policialmente) al proceso de acumulación.

En definitiva, “la informalidad y formas de ganarse la vida” que característicamente hemos atribuido a países del sur, como muestran los casos de la parte 5 del tratado localizados en algunas de las principales ciudades del continente, también se encuentran, y con una presencia muy significativa —analíticamente central—, en el norte. Basta aplicar las categorías y métodos etnográficos que se han diseñado y ensayado en estas latitudes y aplicarlas en los países del norte para hacerlas emerger ante nuestra vista.

### ***Sobreexplotación en la agricultura del sur de España y la cuestión meridional***

La agricultura en España desafía los estereotipos que suelen operar en el imaginario colectivo. No se trata de un sector atrasado, un vestigio arcaico compuesto por campesinos incultos y embrutecidos por la vida rural. Muy al contrario, se trata de un sector productivo

avanzado, moderno, que ha invertido muchísimo tiempo y dinero en tecnologías e investigación científica para industrializar la organización del trabajo y ser competitivos a nivel mundial. Debe ser así, puesto que la agricultura del sur de Europa es la que inunda de frutas y verduras de calidad a precios razonables los mercados del centro y el norte de Europa. Dicho de otro modo, el trabajo desvalorizado y eventual en el sur de Europa alimenta a las clases medias del resto de Europa.

En efecto, el sector agroindustrial en España se desarrolla especialmente en el sur del país, esto es, en las regiones del sur de un país al sur del norte global. Los ciclos productivos en la agricultura son dependientes de los ciclos de la naturaleza, por lo que existen meses con picos de producción y otros en los que no hay trabajo. En momentos de máxima demanda de fuerza de trabajo los empresarios cuentan con tener disponible un amplio ejército de reserva que satisfaga sus apremiantes necesidades, ya que el ciclo de recogida de fruta es corto y no puede demorarse sin que se estropee la mercancía que esperan vender. La gran mayoría de las frutas y verduras cultivadas en el sur de España están destinadas a los mercados del norte y centro de Europa. Son mercancías de bajo valor añadido que, sin embargo, generan una importante ganancia a la clase capitalista agraria y movilizan a miles de trabajadores/as en campaña. Los trabajadores y trabajadoras empleadas en el sector agrario forman parte de la clase subalterna a la que nos referimos un poco más arriba. Se trata de hombres y mujeres que venden su fuerza de trabajo asalariada a empresarios agrícolas que les contratan según las necesidades eventuales del sector. Son, por tanto, un nutrido ejército de reserva en *estado de espera disponible*, compuesto por una masa de brazos y cuerpos mayoritariamente migrantes provenientes especialmente del norte y centro de África y el este de Europa. Hombres y mujeres con derechos de ciudadanía limitados por su condición de personas extranjeras que despliegan estrategias de movilidad laboral circular, lo que supone desplazarse allá donde se necesite su fuerza de trabajo según los productos cultivados, que van desde la

fresa a principio de año en Huelva a la fruta en primavera y verano en Murcia, Lleida y Extremadura terminando con las campañas de otoño e invierno de uva de mesa, uva de vino o aceituna. Para las personas migrantes el diferente coste de la reproducción en el origen —envío de remesas— explica, en parte, la sobre-explotación en el destino donde se les paga bajo precio por el valor de su fuerza de trabajo. Las personas jornaleras nacionales que habitan el terreno en el que trabajan, despliegan complejas estrategias de reproducción social durante el tiempo de espera, que les permiten estar disponibles para ser reclutadas los meses de temporada. Estas estrategias incluyen el trabajo informal, el autoabastecimiento, la reciprocidad e intercambio de mercancías y enseres, el ahorro y la reducción del consumo, entre otras. De esta manera no solo están disponibles para el siguiente ciclo sino que también son agentes centrales en la reproducción del modelo productivo que les ata a la eventualidad. Otra estrategia de movilidad laboral para nativos y extranjeros consiste en buscar nichos de trabajo en sectores igualmente de temporada complementarios al trabajo agrícola, como son la hostelería, la construcción o, recientemente, insertarse en la red de alguna plataforma.

Los capítulos escritos por Alicia Reigada y Andrés Pedreño dan cuenta de estos fenómenos.

### ***Los cuidados: extractivismo vs. reproducción***

En todos esos modelos, además, cruza de manera transversal, como es sabido, el problema de las relaciones de explotación en el ámbito del trabajo doméstico y de cuidados. Si bien es un campo de investigación que sí se ha desarrollado profundamente en las últimas décadas, y en diversas latitudes, es también cierto que genera numerosas controversias acerca de su naturaleza y función en la producción de capital, léase, plusvalor. Identificar perspectivas diversas es generar investigaciones situadas, feministas, donde se recogen diferentes posiciones en la cadena del valor, se reconoce la subversión del trabajo femenino, la necesidad de investigaciones situadas en el sur, el cani-

balismo del capitalismo espacial y la segregación ocupacional que atrapa a las mujeres.

Investigaciones que son, en definitiva, sensibles al estatus y la latitud desde las que se escribe. De ahí, la necesidad de este libro situado en el sur global, realizado por investigadoras e investigadores de esa latitud, desde una mirada situada que reconoce a las personas en sus contextos situados para modificar las estructuras sexistas y patriarcales (IV Conferencia Mundial sobre la Mujer en Beijing, China, 1995).

La relación extractivismo y reproducción es particularmente compleja. Ésta lleva implicaciones en las cadenas de valor globales que, además de la degradación medioambiental, incide en la población mediante el desplazamiento de las comunidades autóctonas produciendo mayores desigualdades sociales. Los cuidados y la reproducción que se ven afectados por el impacto de la extracción intensiva de los recursos naturales que perturba a las comunidades autóctonas en temas como la salud, identidad, lazos afectivos, las normas sociales o los espacios.

El cambio de los medios de vida tradicionales y el desplazamiento de las comunidades autóctonas no se podría entender sin visibilizar a las mujeres. Las mujeres son quienes asumen, en su mayor parte, las cargas familiares y responsabilidades de cuidados sin los apoyos adecuados. Una mirada situada pone en el centro a las mujeres como objeto y sujeto de estudio, en su contexto, atendiendo a sus diferencias sociales e históricas, que muestra la importancia de los fenómenos migratorios y separaciones familiares que inciden en la opresión, responsabilidades y trabajos de cuidados para las mujeres.

Un trabajo de cuidados, infravalorado históricamente y no remunerado, que invisibiliza cuerpos utilizados como recursos a explotar y como ejército de reserva de mano de obra. Todo ello, bajo la lógica del mercado en los diferentes modelos productivos que, fusionados por el extractivismo, suministra mano de obra barata constante. Mano de obra barata, gratis en su mayor parte, en el que el trabajo doméstico se perpetúa a partir de políticas patriarcales que inciden

en la división sexual del trabajo. Donde hombres en sectores y empleos principalmente muy precarios dependen del trabajo doméstico no remunerado de las mujeres para asegurar su reproducción diaria y la disponibilidad de la fuerza de trabajo para el capital.

Mujeres que migran a ciudades o naciones más ricas para encontrar empleo, muchas veces en lo doméstico, conformando las cadenas globales de cuidados y migraciones, donde hogares más acomodados, mujeres de clases medias, externalizan los trabajos domésticos y de cuidados a estas mujeres (más) pobres. Mujeres que reorganizan sus trabajos domésticos y de cuidados a veces a miles de kilómetros, y establecen relaciones, entre mujeres, de explotación, veladas por la falta de reconocimiento y remuneración.

La función del trabajo doméstico con el capital es consustancial a la reproducción de la fuerza de trabajo. Garantiza la reproducción de ésta, que los trabajadores vayan todos los días a trabajar, alimentados, vestidos, limpios y asegurando el relevo generacional de una mano de obra que se sustenta sobre el trabajo gratuito o precarizado de las mujeres pobres. De un trabajo que, si no hubiera sido concebido así, el capital tendría que asumir todos los costes y, por tanto, reducir sus ganancias. El trabajo de las mujeres en el ámbito doméstico, esta desigualdad de género genera plusvalor en la economía formal, mediante una apropiación del capital invisible e indirecta.

Sin embargo, como señalan en la introducción Lorena Capogrossi y Hernán Palermo, este punto causa una gran controversia. La discusión de si el trabajo doméstico es productivo o no lo es, señala las fallas del lenguaje, los tropos del mismo y las diferentes miradas, manidas o no, que se quieren hacer de ella. De ahí, escisiones como las de Nancy Fraser (2023), que nos dice que el trabajo doméstico es fundamental y ahí está su legitimidad, o la Silvia Federici (2013, 2016), que señala que el trabajo doméstico es productivo y genera valor, pero que el capitalismo ha invisibilizado y desvalorizado este trabajo, naturalizándolo y otorgándolo como atributo a las mujeres.

Esa naturalización, esa invisibilización del trabajo doméstico y de cuidados de las mujeres, no sólo ha sido objeto de la escisión de mu-

chas autoras feministas del marxismo, sino que hoy sigue siendo controvertida para muchos autores varones que siguen poniendo el trabajo remunerado realizado por hombres como el centro de medida.

Cualquier cambio, el lenguaje es susceptible de asimilarlo. Lo que recuerda la emblemática frase de Giuseppe Tomasi di Lampedusa en su emblemática obra *El gatopardo*, donde el protagonista busca mantener su posición social y económica, mantener sus privilegios, a través de la adaptación a las nuevas reglas del juego, pero sin renunciar a ellos.

Es por esto, que creemos que es necesario seguir profundizando sobre estos conceptos desde el trabajo realmente existente (Castillo, 1998). Repensar el concepto de valor y plusvalor, las violencias de género como la división sexual del trabajo, que también es internacional; la invisibilización y explotación de las mujeres y sus cuerpos; su posición en la pareja, en las familias, en la sociedad, su posición de clase, y, por supuesto, lo que conlleva que el género interseccione con otro tipo de discriminaciones. Visibilizar los feminismos, lo que los une y los separa en relación con el trabajo. Y, sobre todo, analizar por qué duele tanto, también, a aquellos que dicen que nos aman y son compañeros de lucha.

En ese sentido, y terminando este epílogo, abogamos por una mirada situada que requiere, también, de una reflexión sobre la posición social, histórica y cultural de las personas que investigamos, de los grupos de investigación y de las redes de las que formamos parte. Los temas que elegimos, nuestros intereses o la permeabilidad de los temas que nos rodean varían según nuestro estatus y latitud donde nos encontramos. El norte global frente al sur global. Países desarrollados frente a países en desarrollo y comunidades afectadas. El norte global pone el interés en las cadenas de cuidado, la economía feminista, patrones de consumo, la crítica a las políticas neoliberales, la distancia y el privilegio de que el impacto del extractivismo ocurra en otros lugares. Mientras el sur global enfatiza los movimientos de base y organizaciones de mujeres sobre todo en las comunidades indígenas: sus experiencias, resiliencias, sus conexiones

con el colonialismo, el patriarcado y la injusticia racial a través el análisis interseccional, la pérdida de recursos y sus derechos sobre la alimentación y el agua, así como la crítica a los modelos de desarrollo. Pensar para investigar, investigar para pensar, en los sures como parte del pensamiento crítico.

## **Conclusiones, ciencias sociales del trabajo en la periferia**

Los países semiperiféricos y periféricos de occidente tienen realidades económicas y sociales distintas a las de los países centrales o del norte. Ello, debido básicamente a la configuración de las cadenas globales de valor y las relaciones de dependencia económica nortesur. En el ámbito de las ciencias sociales del trabajo, aunque no sólo, una parte importante de las categorías y teorías producidas para analizar realidades del norte no sirven, por tanto, para analizar las realidades del sur, aunque tampoco para una comprensión compleja y completa de las transformaciones de los modelos productivos en el norte. Se trata no sólo de diferentes modelos productivos que se articulan en un proceso de acumulación global *desigual y combinado*, sino de colectivos de trabajadores sujetos a una misma relación salarial, de explotación.

Los conflictos laborales de los trabajadores de España o Portugal son, y han sido siempre, diferentes a los de los franceses, alemanes o ingleses, incluso italianos. Los primeros tratando de participar en igualdad de condiciones en el modelo social europeo y de poner coto a la deslocalización industrial, los segundos tratando de no perder derechos alcanzados tras siglos de violentas luchas obreras organizadas, y de atraer actividad industrial de los países del centro. En todos esos países las mujeres y el movimiento feminista lucha incansable y exitosamente por el reconocimiento y la profesionalización de los cuidados y por ganar cotas de igualdad en el mercado de trabajo entre hombres y mujeres: igualdad de salarios, puestos y condiciones. En muchos países de América central y del sur la ma-

yor parte de la población trabajadora no entra en la relación asalariada regulada (el empleo formal). Los movimientos y las luchas de numerosos colectivos de trabajadores y trabajadoras se centran en conseguir la regulación de su actividad para adquirir derechos adscritos al puesto de trabajo y estabilidad laboral. Estas reivindicaciones, por lo demás, suponen múltiples formas de confrontación y fragmentación al interior de la clase obrera: obreros de empresas cabeza en países centrales vs. obreros de filiales y subcontratas en países periféricos; nacionalismos de todo tipo; hombres que consideran una amenaza la imposición de cuotas de género; trabajadores de empresas que generan algún tipo de huella de carbono frente a movimientos ecologistas; establecidos frente a extranjeros, etc.

En muchas ocasiones los científicos y científicas sociales hemos tomado este tipo de efectos que las relaciones salariales tienen sobre la manera en que los y las trabajadoras se presentan las causas y las soluciones de sus problemas como nuestros problemas de investigación, especialmente porque esa es la posición que asumen las instituciones que financian los proyectos y líneas de investigación. Pero sabemos que es el fetichismo del trabajo-mercancía y la perentoriedad de las necesidades de supervivencia o mejora de las condiciones de trabajo y vida de las y los trabajadores, lo que provoca que los efectos de aquél desarrollo desigual y combinado del capitalismo se presenten como defectos de un virtual sistema capitalista justo, igualitario, sostenible y en el que el trabajo sea digno para todos.

El papel de la teoría crítica de las ciencias sociales, o de una ciencia social pública, para decirlo como Burawoy, debe ser más bien el de comprender todas esas actitudes y conflictos y ayudar a reconstruir todos esos puentes rotos. Pensar desde la centralidad del trabajo periférico, como se plantea este libro, es un buen punto de partida para ello.

## Bibliografía

Arosa Sun, Colectivo (2020). Bienvenidos al Norte: Explotación de la nueva emigración española en el corazón logístico de Europa, *Estudios Fundación 1 de Mayo* (105). <https://1mayo.ccoo.es/1e375d89a2eb67704bbeb7b67f4c81000001.pdf>

Altenried, Moritz (2016). Le conteneur et l'algorithme : La logistique dans le capitalisme global, *Période*. <http://revueperiode.net/le-container-et-lalgorithme-la-logistique-dans-le-capitalisme-global/>

Apostolidis, Paul (2019). *The Fight For Time: Migrant Day Laborers and the Politics of Precarity*. New York: Oxford Academic.

Bailin Rivares, Alberto *et al.* (2019). Like it or not? The impact of online platforms on the productivity of incumbent service providers, *OECD Economics Department Working Papers* (154). DOI: 10.1787/080a17ce-en

Berger, Thor; Chen, Chinchih & Frey, Carl Benedikt (2018). Drivers of disruption? Estimating the Uber effect, *European Economic Review* 110. <https://doi.org/10.1016/j.eurocorev.2018.05.006>

Bloom, Peter (2013). Fight for your alienation: The fantasy of employability and the ironic struggle for self-exploitation. *Ephemera* 13 (4), pp. 785-807. <https://ephemerajournal.org/sites/default/files/pdfs/contribution/13-4bloom.pdf>

Bonacich, Edna & Wilson, Jake B. (2011). *Getting the Goods: Ports, Labor, and the Logistics Revolution*. Ithaca: Cornell University Press.

Castillo, Juan José (1998). *A la búsqueda del trabajo perdido*. Madrid, Técnos.

Cowen, Deborah (2014). *The deadly life of logistics: Mapping the violence of global trade*. University of Minnesota Press.

Cremin, Colin (2010). Never employable enough. the (imp)possibility of satisfying the boss's desire. *Organization* 17 (2), pp. 131-149.

Dörre, Klaus (2011). Capitalism, Landnahme and social time régimes : An Outline. *Time and Society* 20 (1), pp. 69-93. <https://doi.org/10.1177/0961463X10394965>

Federici, Silvia (2013). *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Madrid: Traficantes de Sueños.

Federici, Silvia (2016). *Calibán y la bruja: mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Madrid: Traficantes de sueño.

Fraser, Nancy (2023). *Capitalismo caníbal*. Madrid: Siglo XXI.

Foucault, Michel (1988). *Technologies of the Self*. University of Massachusetts Press.

Harvey, David (2014). *Diecisiete contradicciones y el fin del capitalismo*. Madrid: Traficantes de sueños.

Laval, Christian & Dardot, Pierre (2010). *La nouvelle raison du monde*. París: La Decouverte.

López Calle, Pablo; Rísquez Ramos, Mario & Ruiz-Gálvez, María Eugenia (2020). Analysis of the effects of the modular design model of car production on working conditions: The cases of VW Navarra and PSA Vigo. *Economics and Sociology* 13 (1), pp. 90-101. [https://www.economics-sociology.eu/files/6E\\_797\\_Lopez%20Calle%20et%20al.pdf](https://www.economics-sociology.eu/files/6E_797_Lopez%20Calle%20et%20al.pdf)

López Calle, Pablo (2018). Subjetividad precaria como recurso productivo. Crisis, trabajo e identidad en las periferias metropolitanas desindustrializadas. *Revista Española de Sociología* 28 (2), pp. 347-364. <https://doi.org/10.22325/fes/res.2018.56>

López Calle, Pablo; Fernández Gómez, Julio y Alas Pumariño, Andrés (2019). *Ciudad Periferia. El “Fracaso” de la Reconversión Industrial en la Comunidad de Madrid*. Madrid: Editorial Complutense.

Moreno Pestaña, José Luis (2016). *La cara oculta del capital erótico. Capitalización del cuerpo y trastornos alimentarios*. Madrid: Akal

Rubin, Isaak Illich (1974). *Ensayos sobre la teoría marxista del valor*. Buenos Aires: Ediciones Pasado y Presente. <https://www.marxists.org/espanol/rubin/1928/isaak-rubin-ensayos-sobre-la-teoria-marxista-del-valor-1928.pdf>

Örtenblad, Anders (ed.) (2020). *Against Entrepreneurship*. Palgrave Macmillan.

Pesole, Annrosa; Urzì Brancati, E et al. (2018). *Platform Workers in Europe*. Luxembourg: Publications Office of the European Union. [https://publications.jrc.ec.europa.eu/repository/bitstream/JRC112157/jrc112157\\_pubsy\\_platform\\_workers\\_in\\_europe\\_science\\_for\\_policy.pdf](https://publications.jrc.ec.europa.eu/repository/bitstream/JRC112157/jrc112157_pubsy_platform_workers_in_europe_science_for_policy.pdf)

Piketty, Thomas (2013). *Le capital au XXI siècle*. París: Seuil.